

Miguel Sandín

DIAMANTES
Y OTROS DEMONIOS



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— COLECCIÓN ANAQUEL DE NARRATIVA, nº 21 —
MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento
transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © MIGUEL MARTÍN SANDÍN

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com
Directora de la colección © ALICIA ARÉS

Del prólogo © CARLOS AUGUSTO CASAS

Fotografía del autor en solapa © JUAN FERNÁNDEZ BARREDO

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Primera edición: Enero 2019
I.S.B.N: 978-84-949275-9-1
Depósito legal: M-2874-2019
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

A Sofía, que a pequeños sorbos fue bebiendo esta historia.

Para Elena y Marieta, por soportarme cada día.

*Pensad en el sol, para quien no tengo otra imagen
que un ojo reventado, y en la luna rota..*

(Dylan Thomas)

PRÓLOGO

Por **CARLOS AUGUSTO CASAS**

Algunos escritores (los más valientes, los inconformistas), después de escribir varias obras dentro del marco de un género literario definido deciden mudar la piel, desafiarse a sí mismos, reinventarse y volver a saltar al vacío de la hoja en blanco con un estilo nuevo, en donde se abandonan los confortables márgenes que el propio autor se ha fijado para adentrarse otra vez en lo desconocido. Un mundo ajeno y extraño. Donde solo unos pocos elegidos consiguen hacerlo suyo de nuevo. Escritores como Eduardo Mendoza, capaz de crear una novela de intriga apabullante como «La verdad sobre el caso Savolta» y una de las obras más divertidas de la historia de la literatura española. Me estoy refiriendo a «Sin noticias de Gurb». Dos obras que lo único que tienen en común es que están escritas por él, que sus líneas están impregnadas del estilo de un autor que sabe imprimir su sello.

Miguel Sandín es uno de esos elegidos. Salta de la narrativa a la comedia pasando por la novela filosófica, la juvenil y el género negro. Su impronta es reconocible en todos sus libros. Siempre sin perder la esencia de su escritura. Siempre negándose a acomodarse. Echando un pulso interminable consigo mismo. Es palpable que Sandín se siente cómodo en cada nuevo desafío, en cada nuevo estilo. Su literatura no tiene límites, escapa de los tiosos muros que definen los géneros literarios. Su forma de narrar es demasiado libre como para

permanecer encerrada tras los barrotes formados por estructuras, normas establecidas y parámetros. Infiel a un solo género literario, fiel a su estilo propio.

Y con «Diamantes y otros demonios», la novela que tiene entre las manos, lo ha vuelto a hacer. Esta vez atreviéndose con el género negro. Traición, venganza, redención, violencia y jazz; mucho jazz. Rasgos que podrían definir a cientos de novelas policíacas pero que Sandín consigue apropiarse, construyendo con ellos una obra personal, absorbente y única sin perder un ápice de su personalidad ni de su estilo, demostrando que un escritor de verdad puede con todo. Y Sandín lo es.

Géneros, subgéneros, estilos, estructuras, modas. Da igual. Todo es literatura. Todo se reduce a saber contar una historia. Porque los escritores de verdad saben que solo hay dos tipos de novelas: las olvidables y las inolvidables.

Madrid, enero de 2019

DIAMANTES Y OTROS DEMONIOS

1

Cualquiera —al menos uno de esos cualquiera con la costumbre de aventurar la vida de otros a partir de su aspecto— hubiera tomado al tipo alto que aguardaba en el mostrador de alquiler de coches por un viajero consumado. Era un error que podía atribuirse al hecho de que vistiese una camisa de colores estrafalarios o al macuto desgastado que tenía entre sus pies; sin embargo, una mirada más experta se hubiese percatado de que ni su barba incipiente ni sus gafas oscuras lograban camuflar del todo la intensa palidez de su rostro. No parecía una piel que hubiese tenido trato frecuente con el sol.

Bien lejos del aire cosmopolita que transmitía su presencia, Mario se encontraba aturdido por los ruidos, por el incesante

deambular de gente a su alrededor, por las dimensiones de la terminal T4, que pisaba por primera vez.

—Moverme por la ciudad —respondió cuando el encargado le preguntó qué uso pensaba darle al coche.

El del mostrador consideró que en tal caso lo más conveniente era un Seat León y Mario se dejó convencer de inmediato. El modelo le era por completo indiferente, solo quería salir de allí cuanto antes.

—¿Me permite su carné de conducir?

El dependiente llevaba el uniforme de la compañía y su nombre en una chapa pegada a la chaqueta.

—Está caducado —dijo Mario tendiéndole un papel.

—¿Cómo dice?

—Llevo mucho tiempo fuera de España y he solicitado la renovación a través de la embajada. Ese documento lo dice.

—Ya, pero esto es un poco irregular. Por el seguro, ya me entiende —añadió el sujeto, mirando alrededor aunque no había nadie más allí.

—Es legal.

—No digo que no, pero el caso es que...

Mario leyó el nombre que figuraba en la chapa.

—Jorge, eres el primer español con el que hablo en siete años. Sería todo un detalle que no me jodieses más de lo necesario.

Fue la mirada del cliente de camisa floreada cuando se quitó las gafas de sol lo que convenció al tipo que alquilaba coches de la conveniencia de firmar ya el contrato.

—Son sesenta euros al día, ¿sabe cuánto tiempo...?

—Calcula una semana —dijo Mario mientras contaba el dinero.

—En todo caso no hay problema porque puede entregarlo en

cualquiera de nuestras oficinas y en ese momento se ajusta el precio real. Aquí tiene las llaves. Lo encontrará en la tercera planta. Plaza 62 del aparcamiento.

—Muy amable, Jorge.

Por suerte conducir, como odiar, no se olvida; sin embargo, acertar cada desvío correcto en Madrid después de siete años le suponía un problema tras otro. Además, la velocidad a la que circulaban el resto de coches nada tenía que ver con el ritmo que había llevado su vida en ese tiempo, por lo que su torpeza fue recibiendo sucesivos bocinazos hasta que logró aparcar cerca de la plaza de Tirso de Molina.

El olor de aquel inmueble decrepito le pareció lo único que no había cambiado en la ciudad durante su ausencia. Legumbres y verdura cociendo, ajos fritos. Humedad. Aquella bofetada de nostalgia hizo aumentar el ritmo de sus pasos y casi trepó a la carrera hasta el tercer piso. Tres veces llenó y vació sus pulmones de aire antes de pulsar el timbre.

Abrió una rubia de redondos ojos marrones y pelo rizado. Vestía chándal de felpa, estaba descalza y daba vueltas a un bolígrafo entre los dedos.

—No tengo intención de cambiarme a ninguna otra compañía, no necesito comprar nada y no creo en Dios —recitó sin apenas dedicarle una mirada.

—Busco a Paula Hernández. ¿Ya no vive aquí?

—No conozco a nadie con ese nombre, lo siento.

—El que lo siente soy yo. Suerte con ese examen.

La rubia mantuvo la puerta entreabierta abanicando el mundo con sus pestañas mientras Mario bajaba las escaleras. Estaba decepcionado pero no sorprendido. Es difícil sorprender a quien ha

pasado dos mil seiscientas sesenta y siete noches calculando posibilidades. Antes de volver al coche decidió tomar una cerveza en el primer bar que encontró y el torrezno grasiento que le ofrecieron para acompañarla le pareció el bocado más exquisito que había probado jamás. Incluso las estruendosas conversaciones de los parroquianos sobre el deshonesto oficio que ejercían las madres de los diputados o sobre la calidad de un nuevo delantero de fútbol sonaban a poesía.

Madrid.

El recorrido hasta el barrio de Salamanca, por haberlo realizado tantas veces en su vida, le resultó más sencillo y no mereció más de cuatro o cinco insultos por parte de otros conductores.

El portal también olía igual. No como el otro, desde luego, sino igual que olía siete años antes. A desinfectante, a perfume caro, a burbuja de prejuicios contra la vulgaridad. Ni rastro de ajo frito.

—¿Sería tan amable de decirme adónde va?

Le interrogaba un portero uniformado, de calva brillante y por coronilla un matojo de pelo gris como su camisa.

—Al segundo derecha, Julián, como toda la vida.

—¿Segundo derecha? —preguntó de nuevo el portero calzándose las gafas—. ¿Mario?... ¡Mario! La madre que me... Dame un abrazo, cabrón. Esta vez la has liado bien gorda.

—Eso parece —reconoció Mario después de liberarse de aquel efusivo recibimiento.

—¿Sabe tu madre que vienes?

—Sí, pero no que es hoy, así que por favor no la avises.

Mientras Mario entraba en el ascensor, el portero calvo llamado Julián meneó la cabeza con el gesto exacto de quien está convencido de que cualquier tiempo pasado fue mejor.

Aire dentro, aire fuera. Aire dentro, aire fuera. Aire dentro, aire fuera. El timbre sonó y segundos después nariz, ojo izquierdo, flequillo de mujer desconocida se mostraron por encima de la cadena de seguridad.

—¿Qué desea? —preguntó con marcado acento eslavo.

—Ver a mi madre, si es posible.

—¿Es usted Mario...? ¿El que...?

—Ese mismo.

Después de abrir la puerta, la caucásica se quedó en el umbral durante unos segundos, observándole como si enfrente tuviese un hipogrifo. Luego echó a correr pasillo adelante declarando a voces que estaba en casa el señorito Mario. No había llegado al tercer anuncio cuando Celia se hizo visible desde alguna parte, desde la nada, como aparecen las madres en los momentos importantes. Acababa de cumplir sesenta y tres años, pero nadie lo diría a la vista de su pelo blanco, las bolsas moradas que envolvían sus ojos, las arrugas intensas que surcaban su rostro en todas direcciones. Está claro que los reveses de la vida dejan huellas más profundas en quien no tiene costumbre de sufrirlos.

—¡Hijo! —gritó en un susurró.

Sin mucha colaboración y ninguna resistencia Mario se dejó besar, achuchar, abofetear y besar de nuevo. Después, Celia se retiró un paso para observarle de cuerpo entero y con un pañuelo que sacó del bolsillo de la bata se enjugó mocos y lágrimas. Trató de decir algo, pero la primera palabra quedó enredada en su garganta y al final solo consiguió emitir una especie de sollozo agudo.

—Mamá, estoy bien —dijo él para tranquilizarla.

—¿Bien, dices? —corrigió ella mientras le atravesaba con la mirada—. Estás pálido y en los huesos. Hecho una mierda, vamos.

—La comida no era gran cosa.

—Dijeron que llegarías el miércoles de la semana que viene.

—Imprevistos —dijo él por toda explicación.

—Tenías que haber avisado. Hubiéramos ido a recogerte al aeropuerto... Dios mío, cuántas veces he soñado con este momento —añadió, recogiendo el macuto del suelo y empujando a Mario hacia el salón—. Estoy deseando que se enteren tu padre y tu hermana.

—¿Cómo lo ha llevado él?

Sin percatarse de lo ridículo de su gesto, Celia limpió el sofá con el mismo pañuelo que había usado sobre su cara y pidió a Mario que se sentase.

—Ya le conoces... De puertas afuera, invulnerable, pero había que verle dar vueltas en la cama una noche detrás de otra. Mejor olvida eso ahora.

—¿Tú crees que él lo habrá olvidado?

La pregunta estaba cargada de veneno y como una bruja experta Celia lo neutralizó tomando las manos del hijo entre las suyas. Aquellas pupilas veladas, tan diferentes a las que años atrás lanzaban destellos furiosos ante cualquier contratiempo, mermaron el ánimo del hombre con camisa floreada.

—Mario, todavía eres muy joven, tienes toda la vida por delante. Deberías considerar lo que ha ocurrido como...

—Mamá, por favor.

Celia asintió mientras enderezaba su cuerpo y cambiaba el contacto de manos por una sonrisa.

—Tienes razón, perdona, no es el momento. Vendrás cansado, ¿quieres que Lenuta te prepare algo?

—He desayunado en el avión. La hora coincide con la de España.

—Como quieras —dijo la mujer, y le miró como si le viese por vez primera—. ¿Si te hago una pregunta me dirás la verdad?

—Supongo que sí.

—¿Cómo te encuentras? Me refiero por dentro, ¿estás bien?

—Puedo asegurarte que este es con diferencia el mejor momento desde hace siete años.

Mario ganaba tiempo. Sabía que esa maniobra de distracción no haría desistir a su madre del propósito que tenía entre ceja y ceja, salvo que siete años la hubieran convertido en otra persona.

—Lo que quiero decir...

—No me he vuelto loco ni voy a suicidarme. Tengo planes y he aprendido la lección, ¿satisfecha?

—Tal vez, si no lo hubieras dicho como una letanía aprendida de memoria para que te deje en paz.

Iba a llorar de nuevo.

—¿Qué sabes de Paula?

Por suerte, el pañuelo detuvo la hemorragia de lágrimas. Celia volvió a guardarlo en el bolsillo de la bata. Esperaba la pregunta.

—Hace mucho que no sé nada. Un año o así después de... lo tuyo vino a verme. Iba a cambiarse de casa y no sabía qué hacer con tus cosas, así que las trajo aquí en un par de maletas. Están en tu cuarto tal y como vinieron, yo no quise abrirlas.

Mario sintió aquellas palabras como un peine de aluminio trocando por su cicatriz. Esta vez habría llorado él si no hubiera olvidado cómo se hacía tal cosa.

—¿No dijo nada más?

—Se quejó de que no le escribieras y preguntó si tu padre no podía hacer nada más, ya ves tú, el pobre, si ha molestado a todos sus contactos.

—Lo sé —dijo Mario levantándose—. Si no te importa, me gustaría ducharme. Esta ropa apesta.

—Claro. La llevaré a la lavadora.

—No. Directamente a la basura.

—Me parece muy bien.

Mientras el hombre sin camisa de colores estrafalarios se llenaba de espuma una y otra vez, Celia aprovechó para telefonar a su hija, darle la noticia e invitarlos a comer. Virginia aventuró un par de excusas con la intención de posponer el encuentro, pero la madre se mostró inflexible.

—Necesito que vengáis. Primero, para que Mario vea que todos estamos con él, pero sobre todo porque temo que el encuentro con su padre termine como tú y yo sabemos. Creo que estando vosotros la cosa se puede suavizar. Eso sí, dile al gracioso de tu marido que eche una mano por esta vez.

—Mamá, Roberto sabe muy bien lo que hay.

—Y yo también, por eso lo digo.

Después de zanjar aquella conversación agotadora, Celia rezó por ello antes de marcar de nuevo. Su marido recibió la noticia sin mostrar emoción ni pesar, aceptó sus recomendaciones de paciencia y empatía como quien aparta insectos mientras camina por la jungla y entonces sí, trenzados todos los hilos de la soga solo quedaba esperar que nadie resultase ahorcado. Rezó por ello hasta que el asco de sentir en su cara un pañuelo empapado la obligó a levantarse.

Siete años antes.

El aeropuerto Oliver-Reginald Tambo de Johannesburgo se parece a todos los aeropuertos. Al menos a todos los que Mario ha visto en su vida, aunque la suma no alcanza la media docena. Álvaro no tiene otro elemento para comparar que Barajas, viaje de ida. La mayor diferencia está en las tiendas. Además de ropa, licores, perfumes y comida rápida, abundan las alfombras que imitan piel de cebra; en las joyerías, escaparates repletos de pulseras de colores y colgantes con motivos étnicos.

—¿Cómo vas, socio? —pregunta Mario entre dientes.

—Tengo el culo tan apretado que para volver al baño necesitaré una taladradora marca Bosch. Con percutor. ¿Y tú?

—Me sudan hasta las orejas. Hemos llegado a la diecinueve, es nuestra puerta de embarque.

—Cuéntame algo más o menos divertido y pon cara de que pasamos por aquí todas las semanas —dice Álvaro, prestando ya su sonrisa.

—¿Recuerdas cuando intentaste recitar a Lorca en las clases de literatura del Buitre? Ni siquiera te dejó empezar.

—Me echó de clase al tercer verso, el facha cabrón.

Aunque no tan estrictas como esperaban, las medidas de seguridad del aeropuerto parecen serias. Policías malencarados con variedad de sexo y raza, algo muy acorde al maquillaje político